
Interpretando al intérprete

Carlos Fernández Balboa
Buenos Aires
educa@vidasilvestre.org.ar

Una preocupación que se ha generado recientemente en mi actividad como intérprete –y que me parece útil compartir con los colegas– es “en qué medida funciono como intérprete y en qué medida como animador socio cultural”. La diferencia no es sutil para los objetivos de la disciplina. Para ser más específico, mi actividad (sobre todo cuando es personalizada) muchas veces opaca o disminuye el objeto, paisaje o situación que intento revelar a la audiencia. Siempre pienso que mis presentaciones como intérprete deberían ser mucho más sencillas, sin mayor tecnología. Lo mismo que disimular o reducir al mínimo los recursos que busco para “poner en valor” un objeto dentro de una muestra. Recuerdo todavía un colega italiano que no se cansaba de proclamar con la gracia característica la tonada “sensa materiale, sensa materiale”.

Cuando la gente termina una visita guiada que he realizado en la Reserva Natural, ¿se llevan mi simpatía, mis analogías y recursos o los verdes de los árboles, los silencios y aromas del paisaje que traté de revelar? Hace muy poco, en un curso, haciendo el análisis de una actividad de animación que se efectúa en el Museo Catedral de la ciudad de La Plata, en la provincia de Buenos Aires, donde un guía intérprete realiza distintas caracterizaciones –primero de ingeniero Francés del siglo XIX, luego de albañil y finalmente de constructor italiano de la misma época–, un participante del curso me pregunto inquieto: *Pero los chicos que asisten a este evento qué se llevan... ¿la “obra de teatro” o la información?* Sería deseable que una fuera un medio para conseguir la otra, pero ¡ay! no estoy seguro que siempre sea así.

Sucede que con demasiada frecuencia el recurso metodológico supera al objeto de

nuestra interpretación (la obra o actuación del intérprete es más atractiva que el edificio que se quiere presentar, y así se desdibuja la tarea). Con las muestras museográficas o de los centros de visitantes sucede algo parecido. Un objeto rodeado de botones, colores, sonidos y videos explicativos ¿continúa siendo algo con un valor por sí mismo?, ¿y es percibido así por el público? No creo que existan estudios al respecto en nuestra joven disciplina, pero sí noto con frecuencia que muchos intérpretes utilizamos en extremo formas de comunicación que pueden opacar el centro de nuestro motivo interpretativo. Víctor Fratto, uno de los pocos intérpretes profesionales que hay en Argentina, nos plantea esta problemática desde el rubro de los guías de turismo, profesión que él también ejerce:

Si llevamos esto al terreno de las excursiones conducidas por guías de turismo, guías intérpretes o guías muy didácticos, he presenciado y he sido protagonista de casos en que al regreso de una excursión los clientes piden a la agencia de turismo que al otro día, en otro itinerario programado, los acompañe el mismo guía, ya que la pasaron de maravillas, les gustó la forma de comunicar, les resultó muy amena o percibieron que el guía sabía mucho del tema. ¿Cuánto del patrimonio que presenciaron quedó en ellos? Y escribiendo sobre cosas que quedan, luego de unos años de estar en esto ¿qué hechos que me causaron mucha satisfacción recuerdo más? Los elogios de mis audiencias o ver cómo un medio interpretativo surtía efecto positivo en los visitantes. Trato de hacer memoria y no recuerdo la cara de aquellos que me elogiaron, pero sí recuerdo las expresiones de aquellas personas que interactuaron o se sorprendieron con un medio interpretativo. Recuerdo la sorpresa de aquellos que vieron un cartel con la leyenda “Tocar Por Favor”. Claro que en estos casos el autor del medio resultó anónimo para ese visitante, pero sin lugar a duda el verdadero protagonista fue el patrimonio.

Entonces lo que nos debería regocijar quizá sean expresiones como: “¡Qué lugar increíble! ¡Nunca me imaginé que esto era tan importante! ¡Y pensar que pasé por aquí muchas veces y nunca lo vi!”... en vez de: “¡Qué buen guía eres!”

La interpretación nos provee de herramientas muy efectivas para comunicar un mensaje. Lo difícil es encontrar el modo de que nuestra audiencia se enamore del recurso y no de nosotros. Digo difícil porque ¿a quién no le gusta que lo elogien?

Esto me retrotrae al cierre del primer día del curso de interpretación y museos, dictado en el Centro para la Conservación del Patrimonio (CICOP). Al preguntarle al grupo cómo se había sentido, una historiadora me dijo: “Fue maravilloso, nos estuviste seduciendo todo el tiempo”. (Escuché sonidos de alarma por todos lados). No atiné a decirle que la que tiene que seducir es la

naturaleza, la muestra del museo, ¡no yo! En definitiva estoy convencido que el mejor intérprete es aquel que pasa más desapercibido (como las estrategias de puesta en valor), y creo que muchos de los que practicamos la interpretación no tenemos en cuenta esta consigna ya sea porque no podemos manejar “nuestra personalidad” o por la tecnología disponible. Esto también se contradice con aquella característica que destaca Enos Mills que dice “*que el intérprete es un poco artista, un poco payaso, un poco arquitecto y tiene que estar preparado para dar respuestas inteligentes a preguntas ininteligibles*”. Muy bien, si tengo que ser/hacer todo eso no puedo pasar muy desapercibido ¿no es cierto?

Otra característica de nuestra profesión es el espacio-tiempo en el que trabajamos: Espacio: con contenido de valor patrimonial. Tiempo: en los momentos libres de la audiencia. Para los que no están muy atentos, la característica del tiempo libre, de atraer a un público no cautivo y de ser amenos y agradables, nos lleva peligrosamente al terreno del mundo de los espectáculos mediáticos... más cerca de Disneylandia que del Museo del Prado. Me encanta Disneylandia, pero ¿allí se preserva patrimonio? Parecería necesario recordar que nuestro negocio no es la atracción masiva de público, no es el turismo, no es el parque temático, ni el mega show... nuestro “negocio” es preservar y comunicar patrimonio usando la interpretación. Los intérpretes –al menos los de este lado del mundo– tendremos que discutir, consensuar y evaluar hasta qué punto “todo vale” para alcanzar nuestra tarea.